

otra dificultad que surgió á última hora la arreglaron directamente las respectivas cancillerías. Para evitar el derramamiento de sangre de pueblos hermanos, cuyos intereses son iguales, argentinos y chilenos imploraron el valimiento de la Virgen Inmaculada.

Como eterno recuerdo de esta paz, con erogaciones de los congresos de ambas Repúblicas se erigió el 13 de Marzo de 1904 en la cordillera de los Andes, á la altura de 4000 metros sobre el nivel del mar, una soberbia estatua á Cristo Redentor. Sobre magnífico pedestal de forma octogonal se alza la divina y simpática figura del Salvador del mundo en actitud de bendecir con la derecha á las dos naciones y sosteniendo en la izquierda el estandarte de la cruz. La altura de la estatua con el pedestal mide más ó menos diez metros. Tiene grabada esta inscripción latina: *Ipse est pax nostra, qui fecit utraque unum*: Él es nuestra paz, que de dos pueblos hermanos hizo uno solo. Á la ceremonia de la inauguración asistieron los ministros de relaciones exteriores, los Obispos, militares de alta graduación, hombres de letras y de fortuna de una y otra banda de la cordillera.

Uno de los caracteres, que ha distinguido á Chile, ha sido el amor entrañable que profesa á la Madre de Dios, sobre todo bajo el augusto título del Monte Carmelo. Ya hemos visto que invocó su patrocinio para llevar á cabo su independencia. Le hizo voto de elevarle un templo en el mismo sitio donde se ganara la victoria.

Tan pronto como se obtuvo el triunfo de Maipo, se empezó la fábrica del santuario; pero no vino á inaugurarse sino el 5 de Abril de 1892, asistiendo á la ceremonia el Presidente de la República, Almirante D. Jorge Montt, el Metropolitano de Santiago y fuerzas de todas las armas del ejército.

En la guerra del Pacífico no se dejaba de invocar con repetidas preces á la Virgen del Carmelo, y casi todas

las victorias se ganaron en miércoles, día que la piedad cristiana ha dedicado á la Señora. Los militares, desde almirante á grumete en la marina, y desde general á tambor en el ejército, llevan suspendido en el pecho el escapulario.

Como muestra de filial cariño á María, los chilenos contribuyeron con sus dones á erigirle bellísima estatua en el monte Carmelo de Palestina á orillas del mar. En fin, tan entrañado está en los chilenos el amor á la Madre de Dios, que la ha simbolizado en la estrella solitaria de su bandera.

La Virgen Santísima no podía menos de corresponder á estas demostraciones de sus hijos concediéndoles una imagen milagrosa suya á quien invocasen en sus cuitas. Hales dado la efigie de Nuestra Señora del Rosario de Andacollo, cuyo santuario, de los más célebres y suntuosos de América, está colocado en altísimos montes, y es el sitio donde acuden los afligidos. No he vacilado en calificar á Nuestra Señora de Andacollo, de *Lucero de Chile*, porque la considero como el astro más bello y apacible del firmamento de glorias de mi patria y es quien orienta á sus devotos y romeros en los difíciles senderos de la vida.

II

ANDACOLLO Y SUS RIQUEZAS

Treinta grados al Sur de la línea equinoccial y á orillas del Pacífico se levanta La Serena, una de las ciudades más bellas é importantes de la República chilena. Cuenta cerca de diecinueve mil habitantes y es capital de la provincia de Coquimbo.

Contemplada desde la cubierta de alguno de los vapores que cruzan la extensa bahía de Coquimbo ofrece

magnífico panorama. Semeja artístico anfiteatro, pues las casas están distribuidas en tres mesetas que empiezan en el cerro de Santa Lucía y van á concluir al nivel de la playa. Al norte se ve serpentear pequeño río, que en tiempo de lluvias sale de madre é inunda los campos ribereños. El clima es tan benigno que ni en el corazón del invierno dejan las flores de lucir sus corolas y perfumar la brisa como en la primavera. Por eso un poeta cantó:

Salud, ciudad hermosa, que duermes entre flores,
Y halagan tus oídos las músicas del mar (1).

Aunque arrullada por el Pacífico, no es puerto, porque la braveza del oleaje ha impedido construir muelles. Las naves encuentran seguro abrigo para soltar sus anclas en la próxima rada de Coquimbo, que dista de la capital catorce kilómetros, trayecto que se recorre en media hora de tren; pero el viaje resulta más poético, realizándolo en coche ó á caballo, por la playa á la hora de la baja marea.

Entre sus edificios merece citarse el Seminario, el Liceo nacional, el Colegio de los Sagrados Corazones, el Asilo de la Providencia, el Palacio del Obispo, y los templos Catedral, San Francisco, Corazón de Jesús, San Agustín y la Merced. Pintoresca es su plaza de armas, convertida hace pocos años en ameno jardín, y también es notable su paseo de la Alameda, que llega hasta el mar.

Es cabeza de la diócesis de su nombre erigida por Gregorio XVI en 1840. Valdivia ordenó que se le pusiese el nombre que lleva, en recuerdo de su patria que era Villanueva de La Serena en Extremadura.

(1) V. Guillermo Blest Gana.

Á catorce leguas de esta ciudad y en la misma provincia y diócesis, se encuentra el modesto pueblo de Andacollo, situado en una meseta de pendiente suave á orillas de una gran quebrada que se forma en las últimas ramificaciones de la cordillera de la costa. Se calcula que está á 1031 metros sobre el nivel del mar.

No se sabe en qué época tuvo origen el pueblo, aunque por la etimología de la palabra y por encontrarse en el Perú y Bolivia aldeas cuyos nombres terminan en *collo*, opinan algunos geógrafos que lo fundarían indígenas procedentes de esas comarcas. Se dice que la etimología de Andacollo significa oro *molido* ó *en polvo* (Antacori).

El viajero que quiera trasladarse á Andacollo toma en La Serena ó en Coquimbo el ferrocarril, y después de recorrer en dos horas extenso valle lleno de árboles y verdura, llega al Peñón. Desde allí ha de subir en coche larga y tortuosa cuesta que va serpenteando entre las faldas de dos cerros, y solo á trechos se encuentran partes llanas que sirven para dar reposo á las caballerías.

El terreno, á causa de la escasez de lluvias en la provincia, es árido y de vegetación raquítica. Los arbustos silvestres que más abundan, como los *mayus* de flores amarillas, los *olivillos* de hojas plateadas, las *chilcas* y otros más apenas alcanzan á un metro de altura. En el sitio denominado Maitencillo, especie de oasis en medio de esos tristes paisajes, el viajero descansa y refocila sus agotadas energías para continuar con nuevos bríos la parte más difícil del camino. La subida se pronuncia de una manera violenta. La ascensión es penosísima para los animales que arrastran el vehículo. Por fin se arriba a la cumbre de la montaña, y tendiendo la vista al horizonte, se divisa el venturoso pueblo.

Éste es de dimensiones reducidas y cuenta mil qui-

nientos habitantes. Las casas de un solo piso de estilo nacional, pero limpias y aseadas, se agrupan al rededor del magnífico santuario de la Santísima Virgen, que es el que le da alto renombre. Célebres han sido sus lavaderos de oro que daban vida y sustento á los vecinos. En 1607 el Gobernador de Chile, D. García Ramón, dando cuenta al rey de España de las riquezas que poseía la corona en estas tierras, le decía: «Andacollo es uno de los ríos de oro que existen en el mundo». En tiempos de lluvias aumenta el caudal de aguas de la quebrada, y en tiempos pasados quedaba el suelo del pueblo y de las lomas vecinas brillante con el polvo de oro, que recogían con esmero los vecinos. Al presente también se verifica el mismo fenómeno, aunque las pepitas del precioso metal no son tan abundantes.

Y en esto se ha visto palpablemente la Providencia divina que ha querido proveer á las necesidades de los pobres y no saciar la codicia de los aventureros. Varias compañías se han fundado para explotar en grande escala los lavaderos de oro, y han tenido que suspender las obras, porque el fruto no compensaba los gastos y el trabajo.

Posee además Andacollo minas de cobre y manganeso, que han rendido pingües productos á sus dueños; pero no son ellas las que forman su verdadera riqueza. Su verdadero tesoro de inmenso valor es la Virgen Inmaculada, cuya imagen bendita se venera en su santuario. En aquellas montañas tiene la celestial Señora su trono, por escabel una alfombra de oro, por dosel un cielo azul y sin nubes, y por cortesanos candorosos mineros que á boca llena la llaman Madre.

III

LA IMAGEN «MARÍA DEL ROSARIO DE ANDACOLLO»

El origen de la santa imagen está envuelto en nieblas misteriosas. Varias son las tradiciones ó leyendas que se transmiten de padres á hijos, algunas impregnadas de poesía y misticismo. La más común y admitida por gente de recto criterio es que los primeros conquistadores la llevaron de España al Perú desde donde pasó á La Serena, ciudad fundada en 1544 á tres leguas de la orilla del mar en cumplimiento de las órdenes de Valdivia por el capitán Juan Bohón. Cinco años más tarde fué completamente arruinada por los indios que vivían en los alrededores. Sólo unos pocos españoles pudieron librar la vida escondiéndose en el bosque que entonces existía en las márgenes del río Coquimbo. Es natural que estas personas trataran de ocultar los objetos más queridos para su corazón. Los españoles se han distinguido siempre por su amor á la Virgen Santísima y jamás emprendían una expedición ó fundaban un pueblo sin que los acompañase su imagen y fomentasen su culto. Esto hace presumir que la Madre de Dios fué venerada en la antigua ciudad de La Serena. Los que se libraron de la matanza antedicha, bien pudieron emprender la fuga llevándose la tal efigie que debió ser su más noble tesoro. Tratando de buscar un paraje donde pudieran ponerla á salvo de las profanaciones de los indios, llegarían á la montaña de Andacollo. En esos cerros casi inaccesibles debieron esconder la estatua de la Virgen, que quedó olvidada entre las raíces de los árboles y cubierta por las *añañucas* y las azucenas silvestres de los campos. Quizás la muerte los impidió volver á buscarla, hasta que fué encontrada del modo siguiente.

En años bastante remotos existía en el pueblo, que en un principio habitó las alturas de Andacollo, una buena y honrada familia de indios naturales del lugar. Algunos miembros de esa familia se dirigieron en cierto día á los contornos en busca de leña para sus utilidades domésticas. Para arrancar las raíces de algunos arbustos tuvieron que remover la tierra en una pendiente de montaña. En esta ocupación se encontraba uno de los indios llamado Collo cuando al desgajarse un gran pedazo movedizo, aparece medio oculta una pequeña estatua de madera primorosamente labrada, de tez morena, pero de gracioso rostro. Tal aparición no podía menos de llenarlos á todos de admiración y de sorpresa. Ya fuese por la novedad del caso, ya porque los hijos de Andacollo tuviesen nociones del Cristianismo, ó ya fuese en fin, porque la imagen de la Virgen produjese en el alma de los pobres indios un no sé qué de sobrenatural y divino, el hecho es que resolvieron conservarla con veneración y respeto. La llevaron al pueblo, y como la familia que había tenido tal suerte era de las principales de la pequeña población, fácilmente todos los demás habitantes tuvieron los mismos sentimientos de respeto para con el objeto extraordinario que habían encontrado.

El jefe de la familia de indios conservó la propiedad de la imagen, tratándola con tanta ternura que la saludaba con la mayor familiaridad. Después cuando se construyó la primera iglesia de Andacollo, la imagen debió pasar á recibir un culto más general y adecuado; pero sin que por esto los indios herederos del primer poseedor creyesen que perdían la posesión; por el contrario, siempre se han creído con algún derecho sobre la imagen. Con todo, ese derecho primitivo se ha ido debilitando poco á poco, hasta que por fin en los últimos años se ha mirado como extinguido, y ya

la imagen de la Virgen del Rosario de Andacollo, como todo lo que pertenece á su culto, pende exclusivamente de la autoridad eclesiástica.

Según documentos que obran en el archivo del santuario, á fines del siglo XVII Nuestra Señora del Rosario de Andacollo recibía los mismos cultos que al presente y en los mismos días en que se verifican las grandes romerías, esto es, 24, 25 y 26 de Diciembre.

Viniendo ahora á la descripción de la imagen, diremos que es tallada en cedro, de un metro de altura, está hábilmente vestida con túnica y manto tallados en la misma madera. La primera es rosada y el segundo azul, salpicado de estrellas. Las facciones son diminutas, el rostro ovalado y de color moreno, la nariz recta y afilada, la mirada dulcísima y tierna. Los labios delgados descubren ligera sonrisa, simbolo de la misericordia. Nótasele sobre el párpado izquierdo pequeña cicatriz, que confirma la tradición que cuenta que Collo alcanzó á herirla con el instrumento de que se servía para cortar la leña. Se puede afirmar que desde el punto de vista artístico la imagen milagrosa es obra delicadísima.

El Niño Jesús que sostiene en el brazo izquierdo corresponde por su belleza al tallado de la Virgen. Todas sus facciones son correctas. En sus ojos, color de cielo, resplandecen la caridad y mansedumbre. La mano de la piedad indiscreta causó algunas imperfecciones en el vestido, hurtando astillas para reliquias. Luego artistas profanos tuvieron la desgraciada ocurrencia de retocar con toscos pinceles el rostro y las manos de la imagen, llegando así á cubrir la cicatriz del ojo.

Desde principios del siglo XIX empezó á seguirse la antiestética costumbre de vestirla con riquísimas telas. La gala que usa en los días de la fiesta anual es de finísima seda blanca, recamada de oro. Su valor sube á la cantidad de nueve mil pesos. El rosario que ostenta en

las manos es de oro y mide cerca de dos metros de largo. Es sin duda una de las alhajas más valiosas y artísticas del tesoro de la Virgen y le fué enviado como obsequio de la República Argentina el 22 de Diciembre de 1825. En la mano derecha sostiene cetro de oro macizo, símbolo de su autoridad de Reina. En el izquierdo, hemos dicho que sostiene al Niño Jesús vestido con igual riqueza que su divina Madre y ostentando en su cuello precioso rosario de oro.

El Ilmo. Sr. Obispo Dr. D. Justo Donoso, bien conocido en toda América por sus Instituciones de Derecho Canónico y otras obras teológicas, fué el que en 1853 ordenó de modo definitivo el culto de Nuestra Señora del Rosario de Andacollo y aprobó el Reglamento por el cual se ha regido hasta la fecha la Cofradía.

IV

EL SANTUARIO.

Más de dos siglos ocupó la Virgen de Andacollo la hornacina principal del templo parroquial del pueblo. Allí acudían á venerarla los fieles y á depositar cuantiosas limosnas. Viendo que la afluencia de peregrinos aumentaba de año en año, que la fama de la imagen milagrosa se extendía por casi todas las Repúblicas de la América del Sur, y estimulado por las ardientes súplicas de sus diocesanos, el Ilmo. Sr. Dr. D. José Manuel Orrego concibió el grandioso proyecto de erigir un santuario que en hermosura y capacidad pudiera competir con los más famosos, que el Orbe católico ha consagrado á la Madre Dios. Para realizar su empresa contaba con la Providencia divina y con el óbolo que la piedad y la gratitud de los romeros depositaban á los pies de la Señora. El 25 de Diciembre de 1873 tuvo lugar la cere-

monia de la bendición de la primera piedra. Uno de los diarios católicos más importantes que se publicaba en Santiago (1) hizo la siguiente descripción: «Á las siete p. m. tuvo lugar esa imponente ceremonia. La hora era la más á propósito y la más poética para un acto como ese. Los últimos rayos del sol doraban apenas ya los más altos picos de aquellas montañas. El cielo estaba diáfano y puro, y en el claro azul del firmamento se veía la luna pálida y melancólica. Una ligera brisa venía á reanimar aquel cuadro que sólo la naturaleza podía suministrar. El orador que dirigió la palabra después de la ceremonia, parece que había adivinado todas estas circunstancias indicadas; de ellas sacó un partido ventajoso para su discurso. Á la hora que hemos indicado, poco más ó menos, salió de la Iglesia el Ilmo. Señor Obispo acompañado de varios sacerdotes. Precedíanlo en la marcha los padrinos que se habían nombrado para aquella ceremonia. Un gentío inmenso se encontraba sobre cada una de las líneas laterales; la calle central la formaban los danzantes. Una cadena no interrumpida de éstos rodeaba las zanjas para los cimientos del nuevo edificio. Aquello presentaba un bello golpe de vista. La piedad de esas compañías de danzas y la variedad caprichosa de sus trajes conmovían el alma de una manera inexplicable.

Aunque el local donde iba á tener lugar la ceremonia era espacioso, con todo, para la multitud se presentaba estrecho. Mucha gente tuvo que subir á la colina que está al oriente del pueblo para contemplar mejor desde allí aquel hermoso espectáculo.

Después de los cánticos y oraciones que la Iglesia tiene para tales casos, el Ilmo. Sr. Obispo colocó la primera piedra, y el Secretario de Su Señoría dió lectura

(1) *El Independiente.*